

Los herejes lejos de someterse despreciaron aquellas censuras, y continuaron en su empresa de adquirir prosélitos, porque contaban con la protección de Ramon VI, conde de Tolosa, y así despreciaban todas las censuras y condenaciones de los concilios.

Santo Domingo de Guzman y otros celosos misioneros fueron enviados para instruirlos y convertirlos, pero no pudieron sacar el menor fruto de sus santas tareas.

Tales fueron sus hechos y tales sus violencias, que no encontrándose otro medio para concluir con aquella peste de la herejía, el papa publicó una cruzada contra ellos en 1210.

Empero antes de ocuparnos de este hecho, bueno será consignar aquí algunos detalles de aquellos grandes desórdenes á que dieron lugar los albigenses.

Estos sectarios se multiplicaron prodigiosamente en el Languedoc, de suerte que los reyes de Inglaterra y de Francia enviaron los más esclarecidos prelados de sus Estados respectivos para que defendiesen la verdad de la religion, y combatiesen las doctrinas heréticas que tanto se extendian y tanto crédito tomaban entre el pueblo. Diéronles todo lo necesario, así como al legado que enviaba el papa á la conversion de los herejes.

Así el legado como los obispos entraron en Tolosa, pero fueron recibidos en medio de una gritería espantosa y de los más groseros insultos del pueblo, que los trataba á voz en grito de hipócritas, de apóstatas y de herejes. A pesar de esto uno de los prelados predicó y refutó sólidamente los errores de los herejes: estos, intimidados por la fuerza de las

razones del sabio predicador, no tuvieron valor para defenderse.

Alegróse el prelado de aquella ventaja conseguida, y trabajó despues cuanto pudo por descubrir á los herejes, haciendo prometer bajo juramento á los católicos que delatarian sin dilacion á aquellos que conociesen.

Entre los que en virtud de esta promesa jurada fueron denunciados estaba Pedro Mauran, hombre muy rico, y que era mirado como jefe de la secta. El legado le hizo comparecer á su presencia. Sostuvieron un largo diálogo, en el cual dijo Pedro que el pan consagrado por el ministerio del sacerdote no era el cuerpo de Jesucristo. Los misioneros que se hallaban presentes se espantaron al escuchar tan horrenda blasfemia: derramaron lágrimas de dolor, declararon hereje á Mauran, y le entregaron al conde de Tolosa, el cual le hizo encerrar. Todos sus bienes fueron confiscados, y sus castillos demolidos.

Una vez en la prision, Pedro Mauran ofreció convertirse y abjurar sus errores. En efecto, salió de su encierro, y postrándose á los piés del legado y de sus colegas pidió humildemente perdon reconociendo sus errores, los abjuró, y prometió someterse sin condiciones á las órdenes que tuviera á bien dictar el legado. Al dia siguiente repitió la misma abjuración á los piés del legado, en presencia del obispo de Tolosa y del abad de San Sernin.

Ordenósele que en el término de cuarenta dias partiese para Jerusalem, donde debía permanecer tres años al servicio de los pobres, con promesa de entregarles á su vuelta todos sus bienes, á excepcion de los castillos, que permane-

cerian demolidos en memoria de su prevaricacion. Fué tambien condenado á una multa de quinientas libras de plata para el conde de Tolosa, su señor, á restituir los bienes de las iglesias que habia usurpado, á entregar los frutos de su usura, y á reparar los daños que habia causado á los pobres.

Descubriéronse tambien otros de los principales herejes, que fueron excomulgados. Tal fué el fruto de aquella mision.

Continuando la guerra de los señores en las provincias, Inocencio III envió un legado al Languedoc. Este legado era Enrique, abad de Clairvaux, que acababa de ser elevado al cardenalato y á la silla episcopal de Albano. Dos años antes habia estado empleado en la mision, á cuya cabeza estuvo el cardenal Crisógono.

Enrique, que era muy elocuente, logró persuadir á muchos católicos á que tomaran las armas y le siguiesen. Formó con ellos un pequeño cuerpo de ejército, se dirigió hácia los dominios del vizconde Roger, sitió el castillo de Lavaur, y cayó en seguida en su poder.

Allí estaba la silla principal de los herejes y dos jefes de ellos, de los que se apoderó Enrique, se convirtieron. El legado se dirigió en seguida con sus soldados á la Gascuña, donde redujo á muchos herejes, bien fuese por la elocuencia de su palabra, bien por el terror que se apoderó de ellos ante las tropas católicas.

Despues que el legado hubo terminado su expedicion contra los herejes, el cardenal legado convocó dos concilios para arreglar los negocios de la Iglesia.

Nuevos legados fueron enviados para contener los pro-

gresos de la herejía; empero la guerra que dividia á los príncipes, la ignorancia del clero, y hasta las desavenencias que habia entre los prelados, fueron causa de que produjese muy pocos resultados aquella mision. No dejaron de aprovecharse los herejes de aquellos trastornos para predicar sus doctrinas, y seducir un gran número de caballeros y señores.

Entonces los legados dedicaron todos sus esfuerzos á hacer cesar las guerras que desolaban la provincia del Languedoc, y á reunir á los señores entre ellos para que unidos se dedicasen á la persecucion de los herejes.

El conde de Tolosa rehusó la paz, y fué excomulgado, y por último obligado á prometer que en adelante no favorecería más á los herejes y que antes por el contrario les haria la guerra.

Mas como quiera que el conde no arreglara en adelante su conducta á lo que habia ofrecido, fué nuevamente excomulgado por el legado Pedro de Castelnaud, el cual fué asesinado poco tiempo despues.

Sospechó el papa, no sin fundamento, que el conde de Tolosa habia tenido parte en aquel asesinato, y le excomulgó, poniendo sus dominios en entredicho, y desatando á sus súbditos del juramento de fidelidad, atendido á que no se debe guardar fidelidad al que no la guarda á Dios.

El papa dió cuenta al rey de Francia de esta excomunion, y le exhortó á tomar las armas para despojar de todos sus bienes al conde de Tolosa y á sus partidarios.

Preparóse, pues, una cruzada contra los albigenses. El abad de Citeaux y sus religiosos recibieron del papa la ór-

den de predicar la cruzada contra el conde de Tolosa, y ellos cumpliendo lo mandado la predicaron en todo el reino. El papa concedió á los cruzados las mismas indulgencias que á los que iban á Tierra Santa.

Dados los anteriores antecedentes veamos ahora lo que el abate Bergier nos dice acerca de la cruzada contra los albigenses y de los excesos á que dieron lugar. Es un relato verdaderamente de grande importancia :

«La cruzada emprendida contra los *albigenses*, dice; los suplicios á que se les condenó, y el haber establecido contra ellos la inquisicion, han dado amplia materia para declarar á los protestantes y á los incrédulos sus copistas. Los unos y los otros han repetido cien veces que esta guerra fué una escena continua de barbarie; que habia sido una locura querer convertir á los herejes por medio del acero y del fuego; que el verdadero motivo de esta guerra fué la ambicion del conde de Monfort, que queria apoderarse de los estados del conde de Tolosa, y la falsa politica de nuestros reyes, á quienes agradó el repartirse los despojos.

No es nuestro designio justificar los excesos que pudieron cometerse de una y otra parte por hombres armados durante una guerra de diez y ocho años; tambien sabemos que cuando se desenvaina la espada se cree que todo es permitido; que un rasgo de crueldad cometido por uno de los dos partidos se toma por motivo ó pretexto de represalias sangrientas: esto mismo se ha visto despues en nuestras guerras civiles del siglo xvi; no se obró por cierto con más moderacion en el siglo xiii. No pretendemos tampoco sostener que sea laudable y permitido perseguir á sangre y

fuego á los herejes, cuya doctrina en nada perjudique al orden y tranquilidad pública, y cuya conducta sea por otra parte pacífica; toda la cuestion se reduce á saber si los *albigenses* se hallaban en este caso. Esta es una discusion en la que jamás han querido entrar nuestros adversarios.

1.º Enseñar que el matrimonio ó procreacion de los hijos era un crimen; que todo el culto externo de la Iglesia católica era un abuso, y por tanto era preciso destruirle; que todos los pastores son lobos rapaces, y que deben ser exterminados: ¿es esta una doctrina que pueda seguirse y reducirse á práctica sin que se alteren el orden y el reposo público? ¿Pueden creerse obligados en conciencia los pastores de la Iglesia á tolerarla? El conde de Tolosa, cualesquiera que fuesen sus motivos, siendo sabedor de esto, ¿tenia razon alguna para protegerlos? Bien sabemos que, á excepcion del primer artículo, los protestantes fueron de este modo de pensar; mas nosotros apelamos al tribunal del buen sentido, y nos someteremos á su decision. Es cosa muy singular que los católicos hayamos de tolerar unas opiniones que se dirigian nada menos que á hacernos apóstatas y blasfemar contra Jesucristo, y se les dispensase á los *albigenses* de tolerar la doctrina católica, porque no se conforma con la suya.

2.º A pesar de todo cuanto puedan decir en su favor los protestantes, es lo cierto que los *albigenses* comenzaron á exasperar á los católicos insultándolos, y pasando despues á vias de hecho, y empleando contra ellos las violencias, como tambien contra el clero, desde que se creyeron bastante fuertes. El año de 1147, más de sesenta años antes

de la cruzada, Pedro el Venerable, abad de Cluni, escribía á los obispos de Embrun, de Die y de Gap: «Se ha mirado como un crimen inaudito entre los cristianos rebautizar á los pueblos, profanar las iglesias, derribar los altares, quemar las cruces, azotar á los sacerdotes, encarelar á los monjes, forzarlos á tomar mujeres por medio de amenazas y tormentos.» Hablando despues con estos herejes, les dice: «Despues de haber hecho una gran pira de cruces hacinadas, la habeis pegado fuego; vosotros habeis hecho cocer carne, y la habeis comido en el dia de viernes santo, despues de haber invitado públicamente al pueblo á que comiese.» Fleury, *Hist. eccles.*, lib. 69, n. 24. Por estas buenas expedieiones fué por las que fué quemado Pedro de Bruys en San Gilles algun tiempo despues. Con dificultad hubiéramos creído todo esto si no hubieran renovado los protestantes estos excesos en el siglo xvi.

3.º No se puede dudar que todos los libertinos y malhechores de aquellos tiempos, conocidos bajo el nombre de *piratas*, *bandidos* y *compañías*, se unieron á los *albigenses*, desde que vieron que bajo pretexto de religion se podia robar, violar, quemar y saquear impunemente. Asi es que en el nacimiento de la Reforma se vió á todos los eclesiásticos libertinos, á todos los frailes discolos y desarreglados, á todos los malos súbditos de la Europa abrazar el calvinismo, con el fin de satisfacer con libertad todas sus pasiones criminales. Un hugonote, que tenia un enemigo católico, se vengaba á su gusto y con honor; los hijos sublevados contra sus padres les amenazaban con que apostatarian; un hombre del campo ó aldeano que quisiera mal á su señor ó

á su cura, podia emplear contra ellos todo su odio; los predicantes santificaban todos los crímenes cometidos por celo contra el papismo: sus sucesores los disciupan aun en el dia.

4.º Antes de encruelecerse contra los *albigenses* se habian empleado por espacio de más de cuarenta años las misiones, las instrucciones y todos los medios que podia sugerir la caridad cristiana. No se apeló á las armas y á los suplicios sino cuando estos herejes intratables y furiosos no dejaron ya esperanza alguna de conversion. Cuando san Bernardo marchó al Languedoc para combatirlos el año de 1147, no llevaba más armas que las de la palabra de Dios y las de sus virtudes. El año 1179 el concilio general de Letran pronunció el anatema contra ellos, y añadió: «Cuanto á los brabantinos, aragoneses, navarros, vascongados, cotereses y triavardinos, que no respetan ni las iglesias, ni los monasterios, y no perdonan ni á los huérfanos, ni la edad, ni el sexo, sino que roban y todo lo talan como los paganos, ordenamos... á todos los fieles, para la remision de sus pecados, que se opongan con valor á estos estragos, y que defiendan á los cristianos contra estos desventurados.»

Cánon 27. Hé aquí expresado claramente el motivo de la guerra contra los *albigenses*, y por lo que el legado Enrique marchó contra ellos con un ejército el año 1181. No era por consiguiente para convertirlos por lo que se empleaba contra ellos la violencia, sino para reprimir sus estragos.

Los excesos á que se entregaron están probados: 1.º por la confesion misma que hizo el conde de Tolosa públicamente al legado el año 1209, para alcanzar su absolucion;

2.º por el cánón vigésimo del concilio de Aviñon celebrado en el mismo año; 3.º por el testimonio de los historiadores de aquel tiempo, como testigos oculares. ¿Qué deberemos pensar de los *albigenses* cuando se vió al conde de Tolosa, su protector, llevar la barbarie hasta el punto de mandar ahogar á su propio hermano, porque se habia reconciliado con la Iglesia católica? El conde de Fox era un monstruo todavía más cruel. *Hist. de la Igl. gal.*, t. 10, lib. 29 y 30.

Mosheim ha disfrazado los hechos con su acostumbrada prudencia; dice que todas las sectas heréticas del siglo xiii convenian unánimemente en que la religion dominante no era más que un conjunto extravagante de errores y supersticiones, que el imperio de los papas era una usurpacion, y su autoridad una tiranía. Estos sectarios, segun él, no se limitaban á divulgar estas opiniones; tambien refutaron las supersticiones é imposturas de aquel tiempo por medio de argumentos tomados de la Sagrada Escritura; declamaron contra el poder, las riquezas y los vicios del clero con un zelo tanto mas agradable á los príncipes y á los magistrados civiles, cuanto que estos mismos estaban disgustados de las usurpaciones y de la tiranía de los eclesiásticos.

En efecto, los tejedores, los jornaleros y los labradores de la Provenza y del Languedoc eran unos doctores muy hábiles en la Escritura Santa, y fueron confundidos, como lo acreditan las actas. Sus argumentos se reducian solamente á simples declamaciones, chanzonetas, insultos, calumnias y vias de hecho, como las de los hugonotes. Por otra parte se sabe el uso que sabian hacer los maniqueos de la Sagrada Escritura; ya se vé en las disputas que sostuvo san Agustin contra

ellos. Ann cuando hubiera sido cierto que la religion dominante en el siglo xiii era un cúmulo de errores y supersticiones, la de los *albigenses* valia aun ménos; puesto que era un caos de los desvarios de dos ó tres sectas diferentes. Ann cuando esta última hubiera sido más pura, no correspondia á unos simples particulares, sin mision alguna, el establecer y aun ménos emplear la violencia, el asesinato y el latrocinio, para conseguir su objeto. Porque los protestantes hayan hecho lo mismo, no es esta una razon suficiente para aprobar este extraño método de reformar la Iglesia.

Si los príncipes estaban disgustados de la tiranía de los eclesiásticos, ¿cómo pudieron sostener á mano armada los esfuerzos que hacian el papa y los obispos para reprimir á los *albigenses*?

No nos tomaremos el trabajo de refutar los motivos odiosos por los que se pretende que los reyes de Francia, y sobre todo san Luis, tomaron parte en la guerra contra los *albigenses* y contra el conde de Tolosa. A la verdad, el tratado por medio del cual hizo este señor su paz con san Luis en 1228, fué muy ventajoso á la corona, pues que en él se estipuló que la heredera del conde de Tolosa casaria con uno de los hermanos del rey, y que á falta de hijos varones, vendria á parar este condado al rey. Mas luego que se resolvió la cruzada contra los *albigenses*, diez y ocho años antes, no se podia prever esta cláusula, y nos parece que el conde de Tolosa debió tenerse por muy honrado con esta alianza. Pero se sublevó pasados catorce años, cuyo comportamiento no le hizo ningun honor; la victoria de san Luis en Telburgo

obligó á este vasallo rebelde á someterse ; desde entonces, privados los *albigenses* de toda proteccion, fueron fácilmente destruidos.

Basnage en su *Historia de la Iglesia*, lib. 24, ha empleado todos sus esfuerzos en refutar la historia de los *albigenses* delineada por M. Bossuet : hé aquí lo que resulta de todas sus indagaciones :

1.º Antes que los maniqueos, esparcidos por la Lombardia en el siglo xii, hubiesen penetrado en Francia, existian ya en nuestras provincias meridionales ciertos secuaces de Pedro y de Enrique de Bruys, los cuales dogmatizaban y tenian tambien sus asambleas. Aun cuando no tuvieron las mismas opiniones que los maniqueos, no dejaban cuando llegaban estos de unirse á ellos y hacer causa comun con ellos, lo mismo que en el siglo xiii se asociaron á los valdenses. Tal ha sido siempre la política de los sectarios, con el fin de formar número y hacer frente á los católicos. Por la misma razon se reunieron despues los valdenses á los calvinistas, aun cuando no tuviesen la misma creencia que ellos.

2.º De aquí mismo resulta que en el siglo xiii los *albigenses* eran un conjunto de maniqueos, arrianos, petrobrusianos, enriquistas y valdenses, bien poco acordes sobre el dogma, mas reunidos por interés y por el odio contra la Iglesia romana y su clero ; que la mayor parte de ellos eran tan ignorantes que apenas sabian lo que creian ó no creian. De aquí procede la diversidad de relaciones que han hecho los historiadores de aquel tiempo acerca de la doctrina de estos secuaces.

3.º En los interrogatorios que se hicieron sufrir á sus jefes, y en los concilios en que fueron condenados, no fué fácil descubrir y distinguir sus diferentes opiniones, ya sea porque estos predicantes no tenian doctrina alguna fija, ó bien porque ocultasen con cuidado las de sus errores que podian inspirar el mayor horror á los católicos.

4.º Por esto mismo se vé el ridiculo en que incurren Basnage y los protestantes, que quieren hacer pasar á los *albigenses* por sus antepasados ó sus mayores : ninguno de estos herejes hubiera querido firmar una profesion de fé luterana ó calvinista, y ningun sincero protestante habria querido adoptar todos los desvarios de las diferentes sectas de *albigenses*.

5.º Gran cuidado tuvo Basnage de disimular las verdaderas razones por las que fué preciso emplear el rigor contra estos impíos, á saber, sus violencias, sus vias de hecho y su furor contra el culto exterior de la Iglesia católica y contra el clero. Quiso persuadir que se los castigaba únicamente por sus errores, lo cual es falso. Si alguna vez se ha condenado al suplicio á los novadores, antes de que hubiesen tenido tiempo para formarse un partido formidable, es porque su doctrina y sus principios tendian directamente á la sedicion y á alterar la tranquilidad pública.»

Hasta aquí la relacion que nos hace Bergier. Añadamos cuatro palabras sobre la doctrina de los albigenses.

Es indudable que eran una rama de los maniqueos, si bien su maniqueismo se diferenciaba algo del de Manes. Suponian que Dios habia producido á Lucifer con sus ángeles; que Lucifer se habia vuelto contra Dios, por lo que

había sido arrojado del cielo con todos los ángeles, y que desterrado del cielo había producido el mundo visible sobre el que él reinaba.

Para restablecer Dios el orden había producido un segundo hijo, que era Jesucristo. Hé aquí por que los albigenses fueron llamados arrianos.

Es pues incontestable que los albigenses eran verdaderos maniqueos: todos los autores contemporáneos lo atestiguan, y dan fé de ello sus interrogatorios, los cuales se conservan.

Verdad es que los valdenses y algunos otros herejes penetraron en el Languedoc y fueron condenados; pero no es ménos cierto que estos herejes siempre se han distinguido de los albigenses y que ellos no han sido llamados con este nombre, sino sencillamente herejes.

Guillermo de Puylaurent, autor contemporáneo, dice que los herejes que se extendieron por el Languedoc no tenían todos igual doctrina; que los unos eran maniqueos, los otros valdenses, y que estos sostenían disputas con los primeros, que ciertamente se llamaron en seguida albigenses.

Entre los errores de los maniqueos tenían los albigenses los de los sacramentarios, y por esto se ha dicho que fueron los precursores de la Reforma del siglo xvi.

En suma, examinado el asunto detenidamente se vé que los errores de los albigenses no eran efecto del razonamiento, sino del fanatismo, y muy especialmente de la ignorancia y del ódio que profesaban á los católicos.

DE VARIOS CISMAS.

Desde que dimos cuenta del cisma de Eulalio (tomo 1.º, pág. 710) no nos hemos ocupado de los que han suscitado la ambición y el orgullo de algunos que sin ser llamados de Dios, se apoderaron ó quisieron apoderarse por la violencia de la sublime cátedra de san Pedro. Vamos, pues, á apuntarlos desde aquella fecha hasta la conclusion del siglo xn.

LORENZO.

Muerto el papa Anastasio II en 16 de noviembre de 498, fué elegido para sucederle san Simaco; pero en el mismo día Festo, senador romano, que había sido sobornado, hizo elegir anti-papa á Lorenzo, arcipreste, del título de Santa Práxedes, el cual había ofrecido á Festo que firmaría el *Henótico* del emperador Zenon. Precisamente esta doble elección produjo grandes agitaciones en Roma, hasta el término de haber corrido la sangre, por haberse encarnizado los partidarios del uno y del otro. Convínose, en fin, en que se haría árbitro á Teodorico, rey de Italia, que residía en Ravena, el cual se declaró á favor de Simaco, que había sido elegido el primero y por mayoría. Con esto quedó todo apaciguado por entonces.

Dos años más tarde, el 500, el cisma de Lorenzo recobró

nuevas fuerzas: Simaco reunió un concilio para volver la paz á la Iglesia. En esta asamblea se creyó conveniente para satisfacer al anti-papa nombrarle obispo de Nocera, bajo la condicion de que se sometiese á su jefe legitimo. Fingió hacerlo Lorenzo, pero ello es que en 503 se sublevó de nuevo y quiso usurpar la autoridad pontificia, á pesar de los decretos del concilio y de las repetidas amonestaciones de Teodorico que siempre reconoció á Simaco. Para conseguir su objeto los partidarios del anti-papa recurrieron á los medios más viles, cuales fueron la difamacion y la calumnia. Acusaron á Simaco de grandes crímenes y sobornaron testigos falsos. Estas infames acusaciones fueron apoyadas por Festo y otro malvado llamado Probino.

No pudo ménos Teodorico de asombrarse al ver infamemente acusado á un varon tan santo cual era Simaco, é inmediatamente envió á Roma á Pedro, obispo de Atino, en el estado veneciano, para que en seguida se informase de tantos escándalos.

Pedro en vez de cumplir fielmente el encargo que se le habia encomendado, se unió á los cismáticos, turbando más y más los negocios de la Iglesia y tratando de indisponer á Teodorico con Simaco.

Con consentimiento del papa se reunió un concilio al que asistieron ciento veinte y cinco obispos, y en él fué reconocida la legitimidad y la inocencia de Simaco. Este, en su humildad habia ofrecido someterse al juicio del concilio, por más que los Padres declararan solemnemente que el obispo que ocupaba la Santa Sede no debia sujetarse á un exámen delante de los obispos inferiores.

Mas tarde el anti-papa Lorenzo fué desterrado por hereje y calumniador, siendo respetada así en Oriente como en Occidente la autoridad del legitimo Vicario de Jesucristo, el cual en medio de aquellas agitaciones gobernó santamente la Iglesia por espacio de cerca de diez y seis años, habiendo fijado mucho sus cuidados y atenciones en la Iglesia de Oriente, turbada por las grandes herejías que en aquella época se presentaron, abrazadas desgraciadamente por algunos obispos.

DIÓSCORO.

A la muerte del papa san Félix IV en octubre de 530, fué elegido para sucederle san Bonifacio II, galo de nacion. En el mismo dia de la eleccion, unos descontentos nombraron papa á Dióscoro, antiguo legado que habia sido del papa Ormidas cerca de los orientales. Este cisma fué de muy corta duracion, pues que el anti-papa murió veinte y siete dias despues de su intrusion, habiendo sido excomulgado en muerte, como culpable del crimen de simonia.

PEDRO Y TEODORO.

Luego que hubo fallecido el papa Juan V, cuyo pontificado fué breve, hubo dos anti-papas, Pedro, arcipreste, y Teodoro, presbítero. El primero era candidato por el clero y el segundo por los jueces y el ejército. Para destruir las

cábalas que se habían formado, el clero eligió á Conon, presbítero-cardenal, anciano muy venerable, sencillo, pacífico, aunque poco diestro en el manejo de los negocios. El cisma, pues, pasó con la mayor velocidad sin consecuencias desagradables.

CONSTANTINO.

Poco antes de la muerte de Paulo I (767), apareció un anti-papa llamado Constantino, el cual siendo lego se hizo ordenar diácono, se desdenó de recibir el presbiterado y se hizo ordenar obispo por Jorge, Eustrario y Citonato, obispos de Albano y de Porto. A la elección del legítimo sucesor de Paulo I, que lo fué Estéban IV, el intruso fué depuesto y encerrado en el monasterio de Celles-Neuves, donde se cree que le quitaron la vida, sin que para ello hubiese dado consentimiento el papa Estéban.

ZÓSIMO.

A los cinco días de la muerte de san Pascual I, fué elegido para sucederle Eugenio II, varon muy recomendable por su modestia, sencillez y doctrina. Esta elección se verificó el 16 de febrero de 824, y fué turbada por la ordenación de un anti-papa llamado Zósimo; empero el emperador intervino, y aquel hecho no tuvo consecuencias. Se ignora lo que fué del anti-papa.

Debe consignarse aquí que el emperador Lotario se mostró muy celoso por los derechos de los pontifices, motivo por el cual hizo un viaje á Roma, y despues de haber cortado al nacer el cisma de Zósimo, publicó una célebre constitucion que constaba de nueve artículos, en el primero de los cuales prohibia bajo pena de la vida ofender á los que estuviesen bajo la proteccion del papa y del emperador, y por el tercero se prohibia con pena de destierro turbar la elección de un papa, la cual, decia, debe hacerse por solo aquellos á quienes atribuyen este derecho las antiguas constituciones y los santos padres. Otra de las disposiciones de dicha constitucion era que todo el que quisiese vivir en gracia de Dios y ser mirado con benevolencia por el emperador, debía tener obediencia y respeto en todo al soberano pontifice. El jóven emperador Lotario, con el objeto de dar firmeza á tan laudables disposiciones, hizo que todo el clero prestase un juramento concebido en estos términos: « Prometemos y juramos guardar fidelidad á los emperadores Luis y Lotario, *salva la fé que hemos prometido al Papa*, y no consentiremos que la elección del papa se haga de otra manera de la que disponen los cánones, y que el que haya sido elegido sea consagrado antes de que en presencia del pueblo y del enviado del emperador, haga un juramento semejante al que el papa Eugenio hizo *espontáneamente* por el *interés común* (1). Estas palabras, dice un historiador, indican en qué sentido se consentia en pedir la aprobacion de los emperadores en las elecciones pontificias.

(1) Capitular, t. I, pág. 617.

ANASTASIO.

Benedicto III, natural de Roma, varon de extraordinaria piedad, fué elegido para suceder á san Leon IV en 855. A pesar de su resistencia fué conducido á San Juan de Letran, y con grande alegría del clero y pueblo, sentado en la Silla de san Pedro. Los embajadores imperiales abrigaban el designio de favorecer á un anti-papa llamado Anastasio, pero al fin desistieron, viendo que todo el clero era del partido de Benedicto, librando Dios á la Iglesia de un nuevo cisma.

Anastasio habia sido despojado por Leon IV del titulo y los honores de cardenal, por el abandono que habia hecho de su iglesia. Cuando algunos cismáticos quisieron elegirle, él llevó su osadía hasta el extremo de deponer á Benedicto. Despues, una vez consagrado el legitimo pontifice, parece que quedó tranquilo, pero más tarde cometió excesos en las basílicas de San Juan de Letran y del Vaticano, que, como dice Novaes, habrian excitado el horror de un saraceno, teniendo en fin que huir de Roma en 857, segun Baronio. Despues, mostrando un grande arrepentimiento de su conducta pasada, fué recibido por san Nicolás I en la comunión de la Iglesia. Sin embargo, más tarde volvió al mal camino, y Adriano II le separó de la comunión en 868.

SERGIO.

Entre los pontificados de Formoso y Bonifacio VI colocan los escritores un antipapa llamado *Sergio*, del que no tenemos otra noticia que su nombre, por lo que nada podemos decir del mismo.

LEON VIII.

Ocupaba la cátedra de san Pedro Juan XII, que habia sido elegido en 956, habiendo ascendido á tan altísima dignidad cuando contaba solamente diez y ocho años de edad. Segun los autores de más crédito, el pontificado de Juan fué una verdadera usurpacion, toda vez que él mismo se declaró papa á instigacion de los romanos. Hé aquí lo que sobre esto dice Baronio: «A consecuencia de lo calamitoso del tiempo, creyóse preferible tolerar aquella usurpacion antes que desgarrar á la Iglesia con un cisma, que hubiera sido aun peor; y por esto la Iglesia lo aceptó y sufrió como pontifice, considerando menos mal admitir á un jefe por monstruoso que fuese, que *infamar* un solo cuerpo con dos cabezas.»

Despues de grandes sucesos que relatamos en nuestra *Historia de la Iglesia*, y que no son de este lugar, Othon, que habia sido gran amigo de Juan XII, al que estaba agrado por haber recibido de sus manos la corona imperial,

se vió precisado á volver á Roma para poner coto á las infidelidades del papa, que habiendo jurado interrumpir toda clase de relaciones con Berenguer y Adalberto, habia celebrado con ellos algunos pactos.

Cuando supo el papa Juan que Othon se dirigia á Roma, temeroso de su ira se fugó de la ciudad en compañía de Adalberto.

Una vez en Roma Othon reunió un concilio, mejor dicho, un conciliábulo, en el cual se acusó al papa Juan de diferentes crímenes, y como se negase á comparecer ante el concilio, este pronunció la deposición y puso en su lugar á un archivero de San Juan de Letran, que no tenia órdenes ningunas. Esta eleccion recaida en un seglar no podia ser ménos canónica. El archivero, cuyo nombre ignoramos, aceptó, y se hizo llamar Leon VIII. Baronio, siguiendo la opinion de diferentes autores, tiene á Leon por antipapa. Y en efecto, solo se le nombra para hacer número entre los de su nombre. Por esto nosotros le colocamos en este lugar como antipapa.

Inconstantes naturalmente los romanos, apenas Othon salió de Roma para Spoleto, llamaron nuevamente á Juan, arrojando á Leon de la capital, el cual ya se habia ordenado.

El primer cuidado del papa Juan fué reunir un concilio (964), en el cual condenó al emperador Othon, al antipapa Leon y á los obispos de Ostia, de Porto y de Albano, que le habia ordenado al ser promovido cismáticamente al pontificado, privando de sus cargos y honores á los clérigos promovidos por el intruso.

Murió Juan XII en el mismo año, pero los romanos se negaron á reconocer á Leon VIII, eligiendo al que se llamó Benedicto V.

Sin embargo de esto, el cisma no concluyó.

Irritado el emperador Othon puso sitio á Roma. Acosados por el hambre los romanos, abrieron sus puertas y admitieron al intruso Leon VIII, abandonando al legitimo papa Benedicto.

Apenas el antipapa se encontró en Roma reunió un conciliábulo, que se celebró entre las fiestas de San Juan y de San Pedro, en el cual fué depuesto Benedicto V.

A este papa se lo llevó consigo el emperador Othon á Alemania. Los romanos viniendo á buen acuerdo se lo reclamaban, y Othon iba ya á acceder á aquellas súplicas, comprendiendo que era el verdadero pontífice. Pero este regreso no pudo verificarse. La muerte arrebató á Benedicto en Hamburgo el 4 de julio de 965, despues de un pontificado de un año y algunos meses, siendo sepultado en la catedral de aquella ciudad, y desde allí trasladado á Roma en 999, por órden de Othon II. Poco ántes habia tambien descendido al sepulcro el anti-papa Leon.

FRANCON.

Otro cisma se presentó á los pocos años del anterior. El papa Benedicto VI, que sucedió á Juan XIII, fué elegido en 20 de diciembre de 971, cuando ya reinaba Othon II, que habia sido coronado por el dicho papa Juan XIII. Benedicto

quiso conservar los derechos de la Iglesia y del imperio, y los romanos se sublevaron contra él, entregándose á repetidos motines. El jefe de los sediciosos era Crecencio, hijo de la famosa Teodora, el cual sin el menor temor á los ejércitos imperiales y con una audacia inaudita, aterró al pontífice que defendía, en cumplimiento de su deber, los derechos de la Iglesia al propio tiempo que los del imperio, y encerrándole en el castillo de San Angelo, hizo darle muerte por estrangulacion.

Uno de los que más parte tuvieron en este crimen horrendo fué Francon. Este usurpó el pontificado despues de la muerte de Benedicto ó tal vez de la de su sucesor Dono II, que solo ocupó dos meses la silla de san Pedro. El intruso tomó el nombre de Bonifacio VII; empero un mes despues de su eleccion, fué desechado como anti-papa y huyó á Constantinopla.

GREGORIO.

Por muerte del papa Sergio IV, fué elegido Benedicto VIII, romano, que era obispo de Porto. Esta eleccion se verificó el 17 de junio de 1012, ó el 16 de julio como quiere Mansi.

Un gran número de romanos fué contrario á esta eleccion, ó hicieron otra anticanónica que recayó en un hombre ambicioso llamado Gregorio, el cual arrojó de Roma al papa legítimo, que se refugió en Alemania para implorar el auxilio del rey Enrique II, el cual, en compañía del pontífice,

partió inmediatamente para Roma, restableciéndole en su silla. Benedicto, agradecido, le coronó en el Vaticano.

Al ver el anti-papa la proteccion que Enrique dispensaba á Benedicto, abandonó sus pretensiones, sin que nos sea conocido el fin que tuvo.

SILVESTRE.

Benedicto IV fué elegido papa en 1033, siendo aun muy jóven. No puede ocultarse que su conducta no correspondió á la altísima dignidad á que habia sido elevado. Mas de una vez fué, por aquella causa, depuesto y arrojado de Roma, encontrando luego medios para volver á ocupar su Silla. Cuando fué arrojado segunda vez de Roma, Ptolomeo hizo proclamar papa á Silvestre, el cual ocupó la silla tan solamente tres meses, despues de los cuales Benedicto logró ser restablecido en ella con el auxilio de sus poderosos parientes. Mas tarde, el mismo Benedicto, merced á una gran suma de dinero que le entregaron sus contrarios, se resolvió á abandonar el pontificado, cediéndolo al arcipreste Juan Graciano que tomó el nombre de Gregorio VI. Empero al poco tiempo, el inconstante Benedicto volvió á apoderarse del pontificado, siempre con el auxilio de sus parientes, ocupando esta última vez la silla desde el 8 de noviembre de 1047 al 17 de julio de 1048, de suerte que arrojado y restablecido duró su pontificado el espacio de más de diez años. De este modo, Roma contaba tres pontífices á un

tiempo, Benedicto IX, Silvestre III y Gregorio VI. El anti-papa Silvestre III que delió á Ptolomeo su efimero poder, murió en la oscuridad. En cuanto á Gregorio VI, fué luego el legitimo sucesor de Benedicto. No hay duda que Gregorio VI es reconocido como papa legitimo. Gregorio VII al tomar este número y no el anterior, manifestó aprobar el advenimiento de áquel.

BENITO.

Despues de la muerte de Estéban X en 1057, fué violentamente entronizado un anti-papa que se llamó Benito, el cual se mantuvo algunos meses. Empero Hildebrando, aquel grande hombre que más tarde fué papa con el nombre de Gregorio VII, como apoderado del clero y pueblo de Roma, con aprobacion del rey de Alemania, hizo elegir en Sena á Gerardo, obispo de Florencia, que tomó el nombre de Nicolás II. El anti-papa no hizo resistencia, y ántes por el contrario se humilló á los piés del legitimo pontifice, y fué absuelto.

CADALAO.

Por muerte de Nicolás II, fué elegido Alejandro II, sin esperar el consentimiento de la córte de Alemania en la que el elegido, que antes se llamaba Anselmo y era obispo de Luca, tenia muchas relaciones, siendo muy conocido. Por

manejos de algunos concubenarios y simoniacos, la emperatriz y su consejo hicieron elegir al anti-papa Cadalao, que tomó el nombre de Honorio II. Un año despues en que san Anon, arzobispo de Colonia, entró á gobernar el imperio por el jóven rey Enrique, celebró su concilio en el que Cadalao fué declarado intruso y depuesto, y se tomaron algunas providencias con las cuales se consiguió sofocar el cisma.

GUILBERTO.

Ocupaba la Silla de san Pedro el gran Pontifice san Gregorio VII, el cual en un concilio celebrado en Roma excomulgó á Enrique, privándole del reino de Alemania y de Italia, con la expresion de que no tenga fuerza alguna en los combates ni gran victoria.

Cuando en la corte de Enrique se tuvo noticia de esta sentencia, treinta obispos y varios señores de Italia y de Alemania cometieron el atentado de deponer á Gregorio y elegir papa á Guilberto, arzobispo de Rávena, el cual tomó el nombre de Clemente III y pasó luego á Italia. Gregorio excomulgó nuevamente á Enrique. El pueblo de Roma permanecia fiel al papa y le defendia. Mas al fin, Enrique, habiendo ganado muchos obispos, algunos señores y gran parte del pueblo, se hizo dueño de Roma, y Gregorio VII tuvo que refugiarse en el castillo de San Ángelo. Poco despues llegó Roberto Guiscardo, que estaba en Levante y tomó la defensa del santo padre. Echó de Roma al anti-papa

y á los suyos y redujo á la obediencia de Gregorio varias ciudades y castillos. Al mismo tiempo, los lombardos que se echaron sobre los pueblos de la condesa Matilde, fueron enteramente derrotados, y desde entonces el partido de los cismáticos empezó á caer rápidamente.

Nadie podía dejar de reconocer la injusticia de la deposición de Gregorio, y el mismo anti-papa la reconoció al ser reconvenido por Desiderio, abad de Monte Casino, y solo se excusaba con que era el único medio para defender la corona de Enrique. Empero, esta no era una disculpa fundada, pues nunca debió dejar de obedecer al jefe superior de la Iglesia en los asuntos espirituales, por más que obedeciese á Enrique en los puramente temporales. Aceptar el pontificado no estando vacante y del modo que lo aceptó no tiene disculpa alguna.

Por otra parte el rey habia dado suficiente motivo para que el papa le privase de la comunión de la Iglesia. En cuanto á privarle de su reino, no es esta la ocasion de disertar sobre este asunto, que ya hemos tratado detenidamente en otra obra. Ahora nuestro objeto no es otro que dar á conocer á los papas intrusos.

ALBERTO, TEODORICO

Y MAINGUALFO.

Durante el pontificado de Pascual II, hubo tres anti-papas (1099-1118), que fueron Alberto, Teodorico y Maingualfo. Alberto, cardenal diácono, fué nombrado en reemplazo de

Clemente III, mas el mismo dia de su eleccion fué preso y encerrado en el monasterio de Aversa.

Teodorico, despues de cinco dias de pretendido pontificado, fué enviado al monasterio de la Trinidad de la Cava.

Maingualfo, abad de Turfa, en 1102, tomó el nombre de Silvestre III; mas obligado á huir de Roma, cayó en una espantosa miseria y murió desterrado, y á lo que parece arrepentido.

PEDRO LEONE

Muerto Honorio II (1130) fué elegido por sucesor suyo Gregorio Paparaschi, el que tomó el nombre de Inocencio II. Algunos cardenales fueron favorables á Pedro Leone, el cual como si hubiese reunido todos los sufragios, aceptó el pontificado, tomando el nombre de Anacleto II. No pudo resistir á su fraccion el legítimo pontifice y pasó á Francia, donde fué recibido con extraordinarios honores por Luis VI, llamado el Gordo. Su viaje fué una verdadera ovacion, pues en todas partes era recibido con igual entusiasmo. En Lieja celebró un concilio en el cual excomulgó á Anacleto. Luego en Reims celebró otro concilio en el cual con las formalidades de costumbre condenó nuevamente al anti-papa, y en el mismo concilio coronó el papa por rey de Francia á Luis, segundo hijo de Luis VI.

Por último desde Reims el papa se dirigió á Italia acompañado de san Bernardo. Lotario II fué coronado emperador en la basilica de San Juan de Letran, pues por desgracia ocupaba el Vaticano el anti-papa Anacleto.

Luego que el emperador hubo salido de Roma, los cismáticos obligaron á Inocencio á marchar á Pisa, donde tuvo la dicha de restablecer la paz entre los pisanos y los genoveses, y donde permaneció hasta la muerte de Anacleto, que no tardó en ocurrir.

GREGORIO CONTI.

No terminó el cisma con la muerte del llamado Anacleto II; los partidarios de este, apoyados por Roger, duque de Sicilia, eligieron papa á Gregorio Conti, bajo el nombre de Victor IV. San Bernardo trabajó con incansable celo cerca del anti-papa, hasta que consiguió que cediese, sometiéndose á los tres meses, devolviendo la paz á la Iglesia, despues de su cisma que tuvo de duracion ocho años.

OCTAVIANO.

Adriano IV, único papa inglés que ha existido hasta el presente, varon de grandes virtudes y relevantes prendas, murió en 1.º de setiembre de 1159, sucediéndole Alejandro III, que fué elegido el 7 del mismo mes y año por todos los cardenales, á excepcion de tres, que fueron, Juan

Morson, cardenal de San Martín, Guido de Crema, cardenal de San Calixto, y Octaviano, cardenal de Santa Cecilia. Los dos primeros dieron el voto al tercero, que era descendiente de los condes de Frascati. Así lo dicen varios autores, pero Onofre Panvini hace subir á seis los electores de Octaviano, comprendiéndose á sí mismo, á saber, además de los que quedan citados, Imaro, cardenal-obispo de Túsculo, Raimundo, cardenal-diacono del título de Santa Maria *in via lata*, y Simon abad de Sublac, cardenal de Santa Maria *in Dominia*. Ciaconio y Palatio añaden aun dos más; Gregorio, cardenal-diacono de San Vito, y Guillermo, arceobispo de Pavia. Empero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Alejandro, impulsado por su humildad, rehusó la tiara en el momento de su eleccion, y que Octaviano, que tenia tanto de soberbio como aquel de humilde, deseaba á todo trance sentarse en la Silla de san Pedro. Alejandro fué obligado á aceptar; empero Octaviano, titulándose papa legitimo, arrancó de los hombros de su rival la capa que acababan de ponerle, pretendiendo llevársela. Uno de los senadores que se hallaban presentes se la arrancó de las manos, é hizo señas para que le fuese entregada otra que él habia hecho traer. Tan de prisa se la quiso poner Octaviano que se la colocó al revés, lo que produjo una hilaridad extraordinaria entre los circunstantes.

Al poco rato entró en el Vaticano gente armada que de antemano tenia preparada el anti-papa, y arrojó de ella á Alejandro y sus partidarios, los que se refugiaron en el fuerte de San Pedro. Algunos dias despues, Alejandro tuvo que huir de Roma, y se refugió en Ninfa, cerca de Veletri,

donde fué consagrado en el día 20 del mismo mes de setiembre.

El orgulloso anti-papa se dió el nombre de Víctor IV, y no tuvo en Roma partidario alguno. El pueblo tomando ocasion del hecho referido, le llamaba «el papa al revés.» Por todas partes se referia con risa la equivocacion que tuvo al revestirse la capa pontifical.

Pasó un mes sin poder encontrar quien le consagrara, hasta que lo hizo el obispo de Túsculo, asistido por los obispos de Melfi y de Tarento el día 4 de octubre. El papa legítimo habia sido consagrado, segun costumbre, por el obispo de Ostia.

El emperador Federico que sabia muy bien que Octaviano era intruso, se declaró sin embargo á su favor, y trabajó cuanto le fué posible por extender el cisma hasta en las naciones extranjeras. Con este objeto convocó una asamblea en Pavia que se abrió el 5 de febrero de 1160. Asistieron cerca de cincuenta obispos y muchos abades, que se declararon por Octaviano ó sea Víctor IV. Este conciliábulo anatematizó á Alejandro III y á sus partidarios.

San Bernardo habia profetizado el pontificado de Alejandro, anunciando al mismo tiempo las grandes tribulaciones que habia de experimentar en él. Cumplida la primera parte del vaticinio con la legitima eleccion de Alejandro, no tardó en empezarse á cumplir la segunda. Ya veremos que no solamente el emperador Federico y el anti-papa Octaviano, sino tres anti-papas más contribuyeron á labrar la corona de sus grandes tribulaciones.

Los esfuerzos hechos por Federico para atraer al cisma á

los reyes de Francia y de Inglaterra, fueron infructuosos. Estos monarcas reunidos en Tolosa tuvieron un gran concilio al que asistieron cien prelados entre obispos y abades de ambos reinos. Allí hicieron manifiestas las imposturas del llamado Víctor IV, y todos reconocieron al papa Alejandro III con la mayor solemnidad.

El papa, que deseaba el momento de llegar á Francia, emprendió el viaje. Su entrada en Paris fué en medio de una ovacion extraordinaria. Salieron á recibirle los reyes de Francia y de Inglaterra, y ambos monarcas Luis VII y Enrique II llevaban las bridas del caballo del papa.

El anti-papa Víctor murió impenitente en Luca, y Federico, ganoso de que continuara el cisma, hizo elegir á otro en su lugar, el cual tomó el nombre de

PASCUAL III.

En 1167 Federico puso sitio á Roma y estableció en dicha capital al nuevo anti-papa.

Al año siguiente el emperador fué de nuevo excomulgado; empero como triunfaban las armas imperiales, Alejandro disfrazado de peregrino se refugió en Gaeta, donde tomó de nuevo los hábitos pontificales. Cerca de siete siglos más tarde, Gaeta ha servido de refugio al inmortal pontífice Pío IX, cuando en 1848 estalló la revolucion en Roma. El titulado Pascual III murió impenitente en Roma en 1167. Tuvo por sucesor en el cisma á otro que se tituló

CALIXTO III.

Este anti-papa, del que no sabemos pormenores, se arrepintió en Benevento, reconciliado con la Iglesia en 1178; y por último los cismáticos nombraron otro que se llamó

INOCENCIO III.

Este, que fué el último de los anti-papas que tanta tribulación causaron á Alejandro III, hizo penitencia á su pesar en el monasterio de la Cava.

Alejandro, que tuvo que luchar con tantos rivales. gobernó santamente la Iglesia veinte y un años, once meses y veinte y tres dias, falleciendo en Civita Castellana el 30 de Agosto de 1181.

Hemos terminado el relato de los cismas habidos hasta la terminacion del siglo xu.

SIGLO DÉCIMO TERCERO.

INTRODUCCION.

I.

Grandezas de la perpetuidad de la Iglesia.

En el siglo cuyos errores nos cumple explicar al presente, no habia aun venido el hermoso periodo de paz anhelado por todos los hombres de buena voluntad, y que tan necesario era así para el esplendor de la santa religion como para el sosiego y la tranquilidad de los Estados. Por todas partes se observan luchas intestinas, trastornos, y el ángel de la guerra cierne sus negras alas tanto en los pueblos de Oriente como en los de Occidente. La barca misteriosa de Pedro parecia zozobrar entre las encrespadas olas del enfurecido mar de heréticas doctrinas por una parte, y por otra de los grandes esfuerzos hechos por poderosos enemigos. Empero, cuando en los tres siglos de su infancia todo el poder de los emperadores romanos no fué suficiente para